

Tórrida la Noruega con dos soles
 Y blanca la Etiopía con dos manos,
 Claveles del abril, rubíes tempranos
 Cuantos engasta el oro del cabello,
 Cuantas (del uno ya y del otro cuello
 Cadenas), la concordia engaza rosas,
 De sus mejillas, siempre vergonzosas,
 Purpúreo son trofeo.
 Ven, Himeneo. Ven; ven, Himeneo.

El juicio de sus admiradores coloca a Góngora y Argote en el sitio de gloria que le pertenece:

Escribió en todos estilos con elegancia y en las cosas festivas a que se inclinaba mucho, fueron sus sales no menos celebradas que las de Marcaill y mucho más honestas [...] Tenemos singulares obras suyas en aquel estilo puro, continuado por la mayor parte de su edad, de que aprendimos todos erudición y dulzura, dos partes de que debe constar el arte. Mas no contento con haber hallado en aquella blandura y suavidad el último grado de la fama, quiso, a lo que siempre he creído con buena y sana intención, y no con arrogancia, como muchos que no le son adeptos han pensado, enriquecer el arte y aun la lengua con tales exornaciones y figuras cuales nunca fueron imaginadas ni hasta su tiempo vistas [opinión de Lope de Vega].

El libro de la señora Andrée Collard está escrito con claridad serena y rigor que a ratos parece pedantería, todo fruto de un esfuerzo para lograr precisión y comunicar interés por el tema.

ARNOLDO PALACIOS.

CESÁREO BANDERA GÓMEZ, *El "Poema del mío Cid": poesía, historia, mito* (Biblioteca Románica Hispánica, II. Estudios y Ensayos, 124), Madrid, Gredos, 1969, 189 págs.

Las tesis sostenidas en esta obra de Bandera, demuestran que que los temas de la crítica literaria prácticamente no se agotan. Después de los juicios de Menéndez Pidal, Leo Spitzer, P. Salinas, J. Casaldueiro, E. De Chasca, nos ofrece Bandera Gómez, con el ánimo de insistir sobre puntos quizás no bien definidos — para precisarlos —, su opinión acerca de la creación artística como aspecto superior al estrictamente histórico; el problema de lo mítico y su relación con la base cristiana de éste en el *Poema de Mío Cid*. Menéndez Pidal toma lo histórico como fundamental; pero niega al juglar haber utilizado la historia conscientemente. En cambio, Spitzer subraya la primacía poética del poema, sacando el relato a un lado de la historia, siendo

ésta apenas algo accesorio. Bandera Gómez, con todo el respeto debido a los maestros citados, une historia y creación o sea la condición de la grandeza del *Poema*. Y esa grandeza la ha logrado el elemento poético para mostrar al Cid ante el pueblo como ejemplo. De ahí que el juglar, el pueblo, se identifique con su Cid; y esto no lo realiza la historia, la ciencia, sino el héroe:

... el carácter histórico del Cantar es inseparable de la intuición poética que hace de él una obra de arte literario. Dicho de otra forma, el poeta no sólo es plenamente consciente de que su héroe es un héroe histórico, sino que intuye esa historicidad como valor supremo del héroe. Lo histórico del Cantar no es sólo un hecho observable objetivamente, sino también una intención, y como tal se encuentra en la base misma de la personalidad poética de su protagonista. Realismo poético y veracidad histórica son dos valores coincidentes y del mismo sentido en la estructura intencional o de significación del *Poema de Mio Cid* [pág. 16].

Plantea el autor, en síntesis, el problema de la creación artística cuando ésta arranca de una realidad netamente situada en determinados tiempo y espacio. De lo cual surgen por lo menos dos preguntas: ¿si no hubiese existido el hecho, el poeta hubiera sido capaz de crear la obra mediante invención de un hecho, más o menos acorde con la vida de su época? O bien: de no haber existido el hombre de genio que lo compuso ¿no existiría tampoco el Poema? Nosotros diríamos, sin pretender aportar cosa nueva, que lo uno engendra lo otro. Entonces, para el caso, lo esencial es que la creación haya logrado su plenitud como tal. Si la discusión se planteara alrededor del valor artístico del *Poema de Mio Cid* y se comprobara, supongamos, su mediocridad, entonces dejaría ella automáticamente el terreno del arte, para entrar más bien en las manos de la historiografía. Tratándose de arte, jamás sería suficiente el mero tema de la obra, ni la realidad viva o vivida, ni tampoco la historia en sí. Es la capacidad del genio creador lo que verdaderamente da categoría de arte a aquello que se forja mediante tales o cuales elementos extraídos de la realidad. En el *Poema de Mio Cid*, según el crítico, la fuerza reside en la sinceridad con que el poeta juglar se enfrentó a su personaje:

El poeta se nos da realmente, y no a modo de ficción en su obra... [Por eso] he visto o creído ver en la sinceridad el elemento capital de todo el Poema... He creído comprender que el secreto de esa sinceridad objetiva radica, por paradójico que parezca, en que el poeta se abstiene de juzgar a su histórico héroe. Lo que de éste nos cuenta nace de una fe sin límites en su ejemplaridad, en cada una de las facetas de su personalidad: valentía, prudencia, magnanimidad. Uno tiene la impresión de que el juglar estaría dispuesto a jurar en cualquier momento que su héroe no es otro que el histórico Rodrigo de Vivar. Coincidencia para él tan exacta como auténtico es el entusiasmo y la admiración que se despliega ante nuestros ojos en el Poema [págs. 10-11].

El juglar, no cabe duda, se inspiró en Rodrigo Díaz de Vivar, nombre registrado en las crónicas y cuyas hazañas se fueron perpetuando en versos de tradición hablada hasta cuando uno o varios juglares redactaron el todo, constituyendo el *Poema de Mio Cid*. De ese barro de la tradición la palabra hizo al hombre, al crear sobre éste la poesía.

Fijado el concepto de que lo poético, es decir la creación, prima sobre el hecho histórico, cabría ahora hacerse de nuevo la pregunta ya formulada: ¿de no haber existido el hombre de genio que lo compuso, no existiría tampoco el *Poema*? Y, pues, si existió el genio y existe el *Poema*, ¿qué factor alimentó e hizo florecer dicho genio? Antes de la respuesta léanse apartes del capítulo *Carácter mítico del Poema*, en la obra de Bandera Gómez:

Hemos tratado de comprender el verismo del *Poema* partiendo de esa transparente sinceridad. Se nos impone ahora una observación poco menos que ineludible: algo tan íntimo como esa sinceridad no se manifiesta en el *Poema* como la expresión lírica, individualizada, de un hombre, sino como el sentir tradicional de un pueblo, de toda una comunidad. Lo tradicional, lo comunitario, es aquí, como ya he dicho, el vehículo de expresión de lo íntimo y personal. El poeta identifica y expresa su propia interioridad a escala comunitaria. Es importante que tratemos de comprender el papel que desempeña lo comunitario como vehículo expresivo de lo individual. El juglar crea, o recrea, su obra, moldeándola según los contornos de su propio sentir, de su sensibilidad característica; pero este mismo sentir sólo adquiere sentido, sólo adquiere valor, en la propia conciencia del poeta, como expresión de un sentir colectivo y, por tanto, tradicional... Este tipo de sensibilidad en la cual lo individual y lo colectivo parecen fundirse en un proceso de mutua valoración, en la que los acontecimientos de la tradición son al mismo tiempo auténticos acontecimientos internos, íntimos; esta sensibilidad, cuyo tiempo interior aparece como distendido, superpuesto o coincidente con el tiempo histórico, entra de lleno en lo que filósofos y antropólogos consideran como características típicas del mito, del pensamiento mítico [págs. 59-60].

Que el poema encierra un carácter religioso se desprende de la lectura anterior. Luego, el genio fue movido por necesidades religiosas. Y, evidentemente, ante los ojos de Bandera Gómez, se sitúa de por medio el cristianismo, el cual se revela con toda su fuerza en el episodio del león, tratado ampliamente en esta obra sobre el *Poema de Mio Cid*. El rey de los animales, por cuanto es poderoso, es a la vez prudente; tanto que, según leyendas, duerme con los ojos abiertos. Igualmente poderoso y prudente es el Cid. Pero la comparación en el *Poema* no se relaciona sólo con esos dos atributos. El león es un símbolo bíblico y el de la Edad Media es un león 'moral'.

Quando el juglar, hombre profundamente religioso, en una comunidad profundamente religiosa, cristiana, "siente" al Cid como figura mesiánica, sería poco menos que imposible que comprendiera ese mesianismo de otra forma que no

fuera reflejo inmediato, asociación intuitiva, con el Mesías cristiano. Si la admiración de nuestro juglar es tan profunda y sincera como hemos dicho, si su fe en el Campeador es tan completa, y si, efectivamente, el juglar no pretende crear un Cid, sino que ve a su héroe como algo realmente histórico, y si además este juglar era sinceramente cristiano, el Cid no podía ser para él sino un reflejo viviente de Cristo, de un Cristo guerrero y mayestático, fuerte y eternamente vigilante [pág. 108].

Este asunto de lo mítico estrechamente ligado a lo religioso, a la religión cristiana, más exactamente, puede crear cierta confusión para el entendimiento del lector que ya, antes de encontrarse con tal teoría de Bandera Gómez, había entendido las tesis con mucha claridad. A lo mejor es el propio problema de lo mítico lo que es difícil. De todas maneras, nos parece que es arriesgado hablar del mito Cid, cuando la imagen del Campeador conmueve al auditor por su hondo contenido cristiano. Y no parece ser que Bandera Gómez incluya a Cristo en la categoría de mito. Y Bandera se explica, sin embargo:

Es evidente, pues, que para nosotros difícilmente puede ser el *Poema de Mio Cid* una experiencia de tipo mítico. Pero sí podemos afirmar, basándonos en nuestra moderna comprensión del mito y en las circunstancias históricas que con toda probabilidad se daban en su recitación ante los oyentes del siglo XII, que para estos oyentes tal recitación debía constituir una experiencia de ese tipo [pág. 140].

Lo esencial en este estudio de Cesáreo Bandera Gómez es hacer resaltar la sinceridad de un hombre, el poeta, el juglar, el cual, basado en el elemento histórico, crea al héroe representante de todo un pueblo, de toda una concepción del mundo: el cristianismo; de ahí la importancia acordada al episodio del león.

La primera mitad del libro nos parece más clara; más racional, el pensamiento, así como más brillante, convincente y atractivo, el estilo. Lo demás, pese a su afán de originalidad y a la sinceridad del autor, nos parece bastante fuera del terreno de la crítica literaria.

ARNOLDO PALACIOS.

ALVARO GALMÉS DE FUENTES, *El libro de las batallas (narraciones caballerescas aljamiado-morisca)*, Oviedo, 1967.

El profesor Galmés de Fuentes es uno de los escasos romanistas que, al mismo tiempo, dominan el extenso ámbito de la lengua y literatura árabes, tan necesario (quizá imprescindible) para quien desee